

HACIA UNA TEORÍA DE LA CIENCIA TOPONÍMICA*

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

1. *Algunas líneas generales*

El estudio de la toponimia produce una bibliografía abundante y estimula la curiosidad científica y la curiosidad a secas de muchos, pero suele referirse a topónimos o grupos de ellos reducidos y carece con frecuencia de intención de producir una verdadera teoría. Otras veces sí. Por ejemplo, en España existen estudios varios, sobre toponimia de regiones o de grupos de regiones, con esa ambición teórica general: aludo a estudios de Antonio Llorente, José Ramón Morala, Maximiano Trapero y Javier Terrado, entre otros¹.

Yo voy a prescindir de temas como son los relativos al trabajo de campo y de archivo, a la recogida de topónimos y su organización; y, también, voy a prescindir de las relaciones de la toponimia y la antroponimia, que existen y exigen estudio. Y no voy a tocar una larga serie de puntos más. Si puedo ofrecer, quizá, alguna novedad va a ser porque parto de una base relativamente amplia, que se refiere a los topónimos de la antigua Grecia y regiones colindantes, de un lado, y de la antigua Hispania y zonas de toponimia más o menos coincidente, de otro; añado consideraciones sobre la toponimia de la América española y datos sobre toponimia nuestra.

* Conferencia de apertura del Congreso «Onomástico y Emblemático General» (Zaragoza, 11 de diciembre de 2001).

¹ Antonio Llorente, *Los topónimos españoles y su significado*, Salamanca, 1990; José Ramón Morala, «Objetivos y métodos en el estudio de la toponimia», en *Actas de la reunión científica sobre toponimia de Castilla y León*, Burgos, 1994, págs. 57-80; Maximiano Trapero, *Para una teoría lingüística de la toponimia (estudio de toponimia canaria)*, Las Palmas de Gran Canaria, 1995; Javier Terrado, *Metodología de la investigación en toponimia*, Lérida, 1999.

El estudio toponímico, al que he dedicado varios trabajos², me ha llevado a ver paralelismos notables susceptibles de ayudar a sentar una teoría si no general, al menos suficientemente amplia. Añado, por supuesto, varia bibliografía sobre estos temas. Por esto pienso que puedo aportar aquí algunas propuestas, como digo. Por supuesto, me limito a propuestas limitadas: el campo es mucho más amplio, mi título reza solamente «Hacia una teoría de la Ciencia toponímica».

El principio básico de la misma es reconocido por todos: la toponimia es una parte de la Ciencia lingüística, aunque sea fronteriza con varios campos de estudio. Roza, en efecto, con la Historia, la Política, la Geografía, la Topografía, los estudios de Botánica y otras ciencias naturales, con estudios propiamente humanos también. Y esto ha contribuido a hacer olvidar, a veces, su naturaleza propiamente lingüística.

Aquí me interesa, sobre todo, el estudio del signo semántico toponímico y su relación con el propio de las taxonomías y lenguajes científicos. Está especialmente próximo al signo de la antroponimia, y con frecuencia hay trasvases de un sector al otro. Pero es un tema en que no puedo entrar aquí.

Como en los casos citados, nos hallamos ante un signo especializado, no sensible al contexto: la forma es única, sin aloformas, y el significado es único también: como el de *oxígeno* u *ornitorrinco*. Sin embargo, a veces el signo toponímico es un lexema en que una palabra determina a otra: *Santiago de Compostela* o *del Estero* o *de Chile* o *de Cuba*; *Contrebia Belaisca* o *Carbica* o *Leucada*, como *ácido sulfúrico* o *nítrico*.

Por otra parte, igual que sucede en la lengua científica, a veces estos signos especializados se usan también en la lengua común con sentido común: así *Pineda* o *la Albufereta*, igual que *ácido* tiene un sentido ya común ya científico. El contexto decide. Y también es común el hecho de que estos signos atraviesen las diversas lenguas, sean comunes a ellas, con leves diferencias fónicas u ortográficas: hay *Losana* en Segovia, *Lausanne* en Suiza,

² Cito aquí: «Sobre los orígenes del vocabulario ático», *Emerita* 21, 1953, págs. 123-162 y 25, 1957, págs. 81-121; «La toponimia y el problema de las *Ursprachen*», en *Estudios de Lingüística general*, Barcelona 1969, págs. 209-219 (antes en *Actes del V Congrès International de toponymie et d'antroponimie*, II, Salamanca 1958, págs. 93-102); *Historia de la lengua griega*, Madrid 1999, sobre todo pág. 42 sigs.; «Topónimos griegos en Iberia y Tartessos», *Emerita* 68, 2000, págs. 1-18; «Torreadrada y Turégano: sobre TUR /TURR, ADRADO y DANUM», en F. Villar y M.ª Pilar Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y culturas prerromanas de Hispania*, Salamanca, 2001, págs. 257-283; «Más sobre Iberia y los topónimos griegos», *Archivo Español de Arqueología*, 183-184, 2001, págs. 25-33. Algún otro artículo se citará más adelante.

como es el caso de palabras científicas y culturales en general: el *oxígeno* es *oxygène* en francés, se dice *universidad*, *université*, *university*, *Universität* en las diversas lenguas europeas.

Claro que la toponimia, más unida a lo humano, experimenta cambios debidos a razones políticas: ya no se puede decir *Leopoldville*, hay que decir *Kinshasa*; ni *Fernando Poo*, hay que decir *Bioko*; ni *Fiume*, hay que decir *Rijeka*. ¡Y qué decir de *San Petersburgo*, *Petrogrado*, *Leningrado* y otra vez *San Petersburgo*! O hay dobles: según la lengua que se hable, se dice *London* o *Londres*. O *Lérida* o *Lleida*, pero aquí la cosa, se sabe, es mucho más problemática, pues una instancia política, que no lingüística, ha tomado una decisión y le hacemos caso o no, según decidamos. ¿Y para qué hablar del continuo cambio de nombre de las calles, según los vientos políticos?

Otras veces los nombres son traducidos o reciben modificaciones al pasar de una lengua a otra. Veremos ejemplos. O se crean formas mixtas, del tipo *Guadiana*. Claro que también hay traducciones, pero en menor escala, en el lenguaje científico y cultural: *Universidad* es en griego Πανεπιστήμιον.

Por otra parte, las taxonomías tienden a organizarse en sistemas con relaciones de forma / sentido bien marcadas. De una misma raíz se obtienen variantes mediante sufijos bien precisos: ejemplo, los nombres de ácidos o alcoholes. En toponimia no hay nada de eso. El investigador sabe que en *Segovia*, *Sigüenza*, *Segóbriga*, *Segisama* hay una raíz celta *seg* 'victoria'. Pero el hablante en general no ve relaciones, sólo nombres que suenan parecido y que están arbitrariamente situados.

Y, aunque los topónimos tienden a tener una forma única (pero ya he apuntado que hay excepciones) y a ser determinados de algún modo cuando se refieren a lugares diferentes, esto último no siempre es así. No sabemos a priori a qué lugar se refiere *Mérida*: la decisión depende de que exista un contexto español o mejicano. Esto es frecuentísimo. Un contexto que generalmente no está en el texto, sino que es remoto o puramente situacional, decide.

Según donde estemos o de qué hablemos *Mérida* será una u otra. Esto crea a veces difíciles problemas. Recuerdo que el verano pasado, en Creta, a no más de veinticinco kilómetros la una de la otra, había dos Γούρνες. Los paneles viarios indicaban la una o la otra: la más próxima. El viajero hallaba, en realidad, desinformación. Pero, en fin, aparte de esto, es de lo más común hallar nombres duplicados o triplicados: así los dos ríos *Iberus* de Hispania o los múltiples montes *Olimpo* en Asia Menor, al lado del conoci-

do monte *Olimpo* de Grecia. Si son nombres «transportados», como la *Mérida* de Méjico, o son aplicaciones locales de un nombre común muy difundido en una lengua o región, es indiferente a este respecto.

Son, pues, mucho más caóticos los topónimos que los términos de la lengua taxonómica o científica con que los he comparado.

Y, además, hay otra cuestión. La terminología científica y cultural, más organizada, como digo, suele ser interpretable, al menos en líneas generales, por dos vías. Por una cuando, como también he dicho, deriva de la lengua común. Por otra, cuando usa raíces generalmente griegas y latinas que son bien conocidas y sufijos griegos, latinos o convencionales bien conocidos también.

Estas vías no se reencuentran en la toponimia. Un nombre común convertido en topónimo indica como mucho la situación o calificación geográfica (montaña, vado, río): no el lugar exacto, que es el que nos interesa. Otros nombres se refieren a circunstancias ya pasadas: puede haber *Pineda*, *Huerta* o *Fuente del Lobo* donde ya no hay pinos, huerta ni lobo. O dan referencias equívocas: no hay león en *León* (lat. *legionem*) ni águila en *Aguilafuente* (que era la fuente de Babila). Y se ponen nombres del tipo *Vis-tahermosa* o *Bellavista* por simples buenos deseos, como los griegos llamaron *Ponto Euxino* (Εὐξεινος), hospitalario, al que era antes *Axeinos* (Ἄξεινος), inhospitalario ¡y tampoco esto decía nada, era transcripción del iranio *aksina-* ‘negro’! Volveré sobre ello. Y en muchos casos tenemos problemas para identificar el sentido original, incluso la lengua original, de muchísimos topónimos.

En resumen, los topónimos son poco transparentes, su forma ayuda poco o nada al sentido. Constituyen un léxico irracional que hay que, simplemente, memorizar.

Ocupan en la lengua una posición muy especial. Lo más notable, lo que es la justificación de su uso en la investigación histórica y de otros órdenes, es que atraviesan las lenguas sucesivas. Los tenemos, en España, que vienen del ibérico, del tartesio, del celtíbero y de muchas lenguas más: significaban algo (a veces logramos descubrirlo), hoy ya no significan otra cosa que tal monte, tal ciudad, tal río: o varios montes, ciudades o ríos en lugares diferentes. Cierto que a veces son traducidos, como he dicho, o son adaptados, o mezclan dos lenguas. También sucede que conservan estadios arcaicos del griego o del castellano, o de tantas lenguas, lo veremos.

En todo caso, nos procuran una especie de radiografía diacrónica de las distintas lenguas que se han sucedido en un lugar. Lo que ocurre hoy en Es-

paña, es universal. Se daba ya en la Hispania antigua: y su estudio permite, hasta cierto punto, reconstruir áreas lingüísticas, corrientes culturales, colonizaciones, conquistas. Y hace ver que las fronteras eran diferentes en las diferentes edades: así las del celta en España y fuera de ella. *-briga* 'ciudad' está en la Hispania céltica y en antiguas regiones célticas fuera de ella, por ejemplo. Igual sucedía en la Grecia clásica, cuya toponimia mantenía formas que la emparentaban con Asia Menor y las islas y con la edad pregreiga. Y en América, donde los topónimos españoles se reparten el campo con los indígenas de varios orígenes.

En fin, sin estar totalmente alejados de la lengua de un momento dado en un lugar dado, los topónimos colocan junto a ella formas arcaicas varias: de la misma lengua y de otras lenguas que previamente existieron y que malamente reconstruimos o no reconstruimos. Son un sistema léxico parcialmente coincidente con la lengua común (pero con otro significado), parcialmente un fósil que ni recubre toda el área de una lengua ni se limita a ese área. Y un sistema cuya exploración nos procura datos interesantes, pero que, en sí, es parcialmente un bloque oscuro, una anomalía dentro del sistema lingüístico. Algo que lanza puentes entre su lengua y otras antiguas y modernas, pero puentes sometidos, a veces, a dudas múltiples. Algo muy resistente que atraviesa lenguas sucesivas, no sin contraer con ellas varias relaciones.

Toda esta situación especial, marginal de los topónimos hace que su estudio sea especialmente delicado. Que constituyan el paraíso de los aficionados y un peligro constante de tropiezo. Por ello, merecen un estudio cuidadoso, científico, en el que tienen que colaborar varias ciencias y diversas ramas de la Lingüística histórica y comparada.

Voy a estudiar a continuación algunos de los temas aquí apuntados, sólo en esbozo, claro está.

2. *Los topónimos y las lenguas*

Voy a ocuparme en este primer apartado de la relación entre muchos topónimos y lenguas diversas, tema ya aludido. Pues los topónimos constituyen conjuntos léxicos que afectan a varias lenguas, teniendo un *status* diferente en ellas o en períodos de ellas. Están, por ejemplo, en el español anterior, pero también en otras lenguas antiguas o modernas, cambian o no cambian con el tiempo, son transparentes o no. El estudio lingüístico es importante. En otra sección me ocuparé del histórico.

Muchos topónimos, en una lengua como el español actual, son perfectamente transparentes, ya sean antiguos y tradicionales, ya de moderna creación. Otros, procedentes de antiguas lenguas indígenas o de las sucesivas colonizaciones, son opacos. Aunque no hace falta ser demasiado ilustrado para saber que *guad-* en nombres de río es árabe para 'río', por ejemplo. O para ver el significado griego de nombres de la Hispania antigua como *Callipolis*, en Avieno.

Más frecuentemente es el lingüista quien ha de devolver a un nombre su transparencia. Por ejemplo, si es cierta mi etimología de *Botorríta* como 'vado de las vacas', por el que el ganado atravesaba el río Huerva para subir a la acrópolis de esta ciudad ganadera (cf. gr. Βόσπορος, ingl. *Oxford*), se le devuelve transparencia: este es el papel de los etimologistas, papel difícil, porque muchísimas veces no es ni siquiera claro con qué lengua tenemos que habérmolas.

Incluso dentro de una misma lengua puede fallar la transparencia. A veces ha habido etimología popular, lo que he ejemplificado con *León* y *Aguilafuente* y lleva la interpretación común por un camino equivocado. O hay homonimias incómodas: *Tejera* puede venir del tejo o del tejar, un nombre puede designar ya una ciudad, ya un río³. Ciertamente, a veces se intenta una distinción, como cuando en búlgaro el nombre de la capital, *Sofía*, se distingue por la falta de acento de la Santa Sabiduría (*Sofía*) que le dio el nombre. O un nombre que se refiere a hechos históricos como el descubrimiento o la repoblación, ya no nos dice nada.

O puede suceder que, simplemente, la evolución normal del latín al castellano produzca una forma que no existe en la lengua común: así en el caso de *Sahelices* de (*ecclesia*) *sancti Felicis*; otras veces se añade la conservación de un arcaísmo, así en el caso de *Sanfelices de los Gallegos*, de igual etimología.

Porque dentro de una misma lengua los topónimos, al quedar aislados, conservan arcaísmos notables. Acabo de citar uno en España, a los arcaísmos áticos en topónimos dediqué un estudio antes aludido. En la toponimia ática se conservan nombres por lo demás sólo presentes en Homero y otros dialectos arcaizantes: así ἀνακτόριον 'templo, palacio', Βῆσα 'valle' (de Βῆσσα), Ἐννεάκρουνος 'de nueve fuentes', Κολωνός 'colina', etc., también formas gramaticales y compuestos por lo demás ausentes en ático (Ἀθήναζε, Ζωστήρ, etc.)

³ Cf. más ejemplos de homonimia en Terrado, *ob. cit.*, pág. 115 sigs.

Dentro de una lengua, un topónimo propio de la misma, de origen interno o externo, puede en un momento dado ser sustituido o, simplemente, evolucionar. Yo he estudiado *Turuégano* (hoy *Turégano*) que sustituye desde el s. XIV a un *Turodano* del XII: pienso que por contaminación con *uega* 'vega'. En ese trabajo he dado ejemplos muy numerosos de cómo *tur* 'agua, río' ha sido reinterpretado como 'torre' en topónimos como *Torreadrada*, *Torrelaguna*, etc.; otras veces *Torre-* sustituye a *Tor* 'otero': *Torrecañales* era en el s. XII *Tor de Caballeros*. La investigación de los archivos e incluso la tradición oral son esenciales para no caer en estas trampas.

Hay el problema de la lucha entre dialectos y variantes. Hay, por ejemplo, el problema de la toponimia leonesa castellanizada y de la sobrevivencia, sin embargo, en castellano, de leonesismos: por ejemplo, *xano*, que en castellano es *llano*⁴. Este es un fenómeno general. En mis estudios antes citados sobre topónimos griegos en España he señalado varios con rasgos fonéticos jonios, lo que corresponde bien a la antigua relación de Iberia con Focea y Samos; luego, en griego y en latín, adquirieron fonética ática y de koiné. Son jonios Ῥόδη, Καλάθη, Μαστιηνοί, creo que Τάρσις.

De todos modos, lo mismo en el caso de lenguas prerromanas oscuras que en el de las lenguas pregriegas, y sin duda en otros muchos más que son paralelos, se llega con frecuencia a postular significados de raíces muy repetidas: por ejemplo, las que significan 'río, agua' o 'colina, altura'. Es un hecho bien conocido, he hecho referencia a algunos ejemplos; otros son dudosos, aquí se entra con frecuencia en el campo de las hipótesis incontroladas. Y hay que añadir que, a veces, de la comparación de topónimos de igual raíz se llega a conclusiones sobre los elementos derivativos: prefijos y sufijos, composición, etc.

E incluso, en ocasiones, sobre la morfología más unida a la gramática, al menos en el caso de las lenguas indoeuropeas (aunque puede ser que la morfología sea de la lengua que recibe los topónimos). Yo he publicado un artículo⁵ sobre mi apellido *Adrados*, que es en el origen un topónimo con las variantes *Adrado*, *Adrados*, *Adrada*, *Adradas*. Pues bien, son variantes morfológicas en una lengua (creo que céltica, su área geográfica lo certifica) que tiene en el adjetivo sg./pl., masc./fem. No es posible lanzarse ale-

⁴ Cf. José R. Morala, «Los cambios en toponimia: evolución y arcaísmo según un apeo leonés del siglo XIII», en *Toponimia más allá de las fronteras lingüísticas*, Lleida 1988, pág. 104 sigs.

⁵ «Adrados, una etimología latino-celta», *Veleia* 13, 1996, págs. 219-225.

gremente a las más diversas especulaciones etimológicas sin tener en cuenta este hecho y la localización de estos topónimos.

En fin, para no alargarme, paso a la trasmisión de los topónimos propios de una lengua a otras que la sucedieron o con las que entraron en contacto. La gran característica de los topónimos, como he dicho, es que son digeridos tales cuales, se entiendan o no. Si no se entienden es porque o vienen de una lengua extraña o, si vienen de la propia, quedan desconectados: ya no se conocen los motivos históricos que les dieron origen, quedan oscuras las referencias geográficas o de otros órdenes.

Pero lo habitual es que, salvo casos de arcaísmo, evolucionen fonéticamente de una manera normal. Así tantos topónimos ibéricos o latinos (pero a veces se interpone el árabe): *Castulo* es hoy *Cazlona*, *Salmantica* es *Salamanca*, *Hispalis* es *Sevilla*. Puede haber resurrecciones tardías, eruditas, como la de *Erice* en Italia. Hay transcripciones de un mismo topónimo a lenguas diversas: *Eburodunum* se ha hecho *Yverdon* en francés, *Iferten* en lenguas germánicas.

Las adaptaciones pueden ser caprichosas y aun pseudo-etimológicas: así la de topónimos castellanos en Méjico, tal *Cuernavaca*. Ya los griegos llamaban Tebas (Θῆβαι) a la capital del imperio Medio en Egipto, asimilándola a la Tebas griega.

En todo caso, una vez introducido un topónimo en una lengua, se adapta a la fonética y morfología de esta. Los topónimos americanos prehispánicos producen gentilicios o étnicos puramente españoles: *mejicano/a*, *cuzqueño/a*, etc. Los topónimos fenicios y púnicos de España fueron prontamente helenizados: Σίξος (Almuñécar, ya en Hecateo), *Carteia*, Ἐβυσσος. Fueron helenizados nombres indígenas que resultaron Βαίτις, Γάδιρα, Ταρτησσός. Luego fueron latinizados. Y se crearon toda clase de étnicos y derivados: Ἀβδηρίτης, Γαδειρεύς, Μαστιανός, etc. Y todo ello o parte de ello pasó al español, por vía popular o por vía culta. Este fue el proceso normal, pero hemos de imaginar largas luchas entre el nombre que querían imponer los griegos y el que encontraban: a Ἐβυσσος la llama Timeo nada menos que Ἐρεσος, que no prosperó.

Estos cuerpos extraños que son los topónimos quedaron, así, incorporados a las nuevas lenguas. Igual topónimos prehelénicos que dieron formaciones puramente helénicas como Κόρινθος, Κορίνθιος, Ἀθῆναι, Ἀθηναῖος. Sobre esto, más abajo.

Estos derivados pueden pertenecer a estratos intermedios. Así cuando de *sal*, que está en muchos hidrónimos de Hispania y fuera de ella, quizá de

un estrato indoeuropeo muy arcaico, diré algo de ello más abajo, salió *Salmantica*, sin duda celta o lusitano. De aquí, a través del latín, llegó hasta nosotros.

Otras veces lo que se hizo es recurrir a la traducción. El santuario de la *Venus Marina* de que habla Avieno es el de una Afrodita que antes fue, sin duda, una Tanit. Ἄκρα Λευκή fue traducida al latín como *Lucentum*, de donde, a través del árabe, vino *Alicante*. Por dar un paralelo: también los búlgaros tradujeron el griego, Ἀγγίαλος 'próxima al mar' es hoy *Pomorje*. Otras veces se limitaron a adaptarlo, como en ejemplos de arriba: Ἀγαθοπόλις es hoy *Athpol*.

En ocasiones ha habido resultados mixtos, formas monstruosas en que la forma antigua, a punto ya de perderse su sentido, ha sido «aclarada» sintetizándola con otra de la nueva lengua. El caso más conocido es el del río *Guadiana*, o sea, «el río Ana» árabe-latino, aunque el latín no hacía sino transmitir un *Ana* indígena. En un trabajo arriba citado he señalado otros casos: así en la Rioja el río *Turraguas*, o sea, 'aguas aguas', prerromano (sin duda precelta) y castellano; en Segovia, el río *Riaza*. Y *Turégano*, cuyo *Turodanom* original lleva el mismo *tur* y un *danom* indoeuropeo presente en ai. *danam* 'líquido' y en el nombre celta del Danubio, *Danuvius*.

Este es el habitual panorama. En la toponimia de nuestra Península hay interferencias entre lenguas y dialectos y hay estratos ya aludidos de diferentes lenguas prerromanas, insistiré en ellos. Pero ya he dicho que en Grecia antigua existían hechos semejantes (hoy se añaden elementos posteriores turcos o europeos), en Italia debajo del latín estaban el etrusco y las lenguas itálicas, entre otras. Y en Rusia hay sustrato báltico, en India lo hay dravídico, en África del Norte lo hay bereber, en toda América lo hay, debajo del español, el portugués o el francés, de muy diversas lenguas indígenas.

Y hay luego los hechos de colonización, de ellos hablaré, en los que los colonizadores incorporaron teónimos o impusieron otros nombres nuevos. A veces, los transportaron lejos de su lugar original. En todos los casos hubo ya imposición automática de nuevos nombres a pueblos que no los comprendían, ya se adoptaron los viejos topónimos. Y hay intentos de darles explicitud: interpretándolos bien o mal, introduciendo determinaciones, traduciendo, creando vocablos mixtos. Lo dicho hasta aquí no es sino un esbozo del estudio que habría que hacer.

3. *Los topónimos y la historia*

El pueblo que llegaba a un nuevo país en una migración o en las que llamamos colonizaciones se encontraba a veces con lugares despoblados y sin nombres: *erant sine nomine terrae*, que dice Virgilio. O sí que había nombres indígenas, que se podía aceptar, si es que llegaban a conocerse, o dejar de lado introduciendo otros propios. Aceptando o no los nombres indígenas, cada exploración, cada fundación de ciudades y tierras exigía nombres.

Los convulsos movimientos políticos y cambios de fronteras de nuestros días, siguen exigiéndolos.

Pero, ¿cómo proceder cuando los recién llegados se encontraban en un campo lingüístico ajeno al suyo? ¿Y en un terreno, a veces, desconocido e inexplorado? Este era y es el problema. En parte está contestado en las páginas precedentes, que ofrecen las distintas posibilidades desde el punto de vista lingüístico. Pero ahora nos interesan, sobre todo, los nuevos nombres que se introducían.

En fin, es bien claro que el mapa lingüístico y etnográfico que el estudio de los topónimos de una región o nación o continente nos procura, en nada coincide las más veces con el mapa moderno. A veces la difusión de ciertos topónimos se explica por nuestros conocimientos históricos: los topónimos ofrecen datos históricos, por ejemplo, la presencia en determinado lugar de un pueblo que las fuentes no establecían allí o establecían vagamente. Y también pueden organizarse en conjuntos que nos es difícil atribuir a un pueblo o a una lengua determinados. Y puede suceder que el mismo nombre se repita aquí o allá con variantes que hemos de atribuir al influjo de una segunda lengua. Ya hemos visto algo de esto (helenización de topónimos fenicios y púnicos en Hispania, influjo secundario del árabe en otros).

Encontramos, por ejemplo, derivados de lat. *castrum* en un amplio espacio que va de nuestra Península (*Castro, Castillo*) a Francia (*Château*), a Inglaterra (*Chester, Leicester, Newcastle*: variantes de varios orígenes), a Jordania (*Qasr*, arabizado: formas arabizadas como *Alcalá, Calatañazor, Alcázar* se encuentran, como se sabe, en España), a Siria (*Qalaat*), a Grecia (*Παλαιόκαστρο*, frecuente *Κάστρο*). Todo esto (y más que podría aducirse) nos señala más o menos la extensión del Imperio Romano. Como los términos con *Seg-* o con *-briga* antes aludidos colocan a la antigua Hispania (salvo la costa mediterránea) dentro del dominio celta. En ciertos casos la to-

ponimia completa los datos históricos, nos señala la presencia de un determinado pueblo en algún lugar que no esperábamos.

Inversamente, un territorio unificado lingüística y políticamente, en la medida que sea, en fecha moderna, puede escindirse en varios subterritorios con ayuda de la toponimia. Pero esta subdivisión no siempre es clara, ni mucho menos. Aparte de que la interpretación lingüística de los topónimos varía según los autores: ¿es *Botorrita* celta, como yo digo, o vasco, como quiere Jordán? Etc. etc. Voy a decir algunas cosas, nada más que a manera de ejemplo, sobre la Península Ibérica precisamente.

Nos hallamos ante una subdivisión clara, la Hispania indoeuropea (celta o lenguas próximas) y la ibérica. A partir de ahí, se acumulan los problemas.

Por ejemplo, el de la primitiva extensión del vasco: los modernos investigadores reducen sus fronteras, aun así hay candidatos con tanta tradición como *Iliberris*. Celtas y celtíberos están bien documentados en nuestras fuentes, también en topónimos como *Céltigos* en Galicia y en tantos otros de etimología claramente celta e indoeuropea. Pero quedan cuestiones pendientes; sobre todo, la existencia de topónimos indoeuropeos no celtas: ya de estratos más antiguos, ya de lenguas emparentadas simplemente con el celta.

Estratos más antiguos son, de una parte, el de los hidrónimos de la serie europea estudiada por Hans Krahe en múltiples publicaciones y, para Hispania, por J. de Hoz⁶: series como *Saló*, *Salia*, *Salmantica*, *Salor*, *Salas*, *Salsum*, con sufijos claramente indoeuropeos como *-a/-o*, *-k*, *-l*, *-m*, *-nt*, *-r*. De otra, el de una serie de raíces toponímicas halladas por F. Villar en Hispania, incluso en la zona meridional, y fuera de ella⁷. He mencionado *tur* y *bai*, adscritos a nombres de ríos. Habría que preguntarse qué relación tienen estos dos estratos.

Y al lado están otros problemas. Por ejemplo, el de si el celta de Galicia es de un tipo más antiguo, como postulaba Schmoll⁸. O el de si el lusitano es celta, como propone Untermann y niegan Hoz y otros. La *p*- inicial, que en celta cae y en lusitano se conserva (*porcom*) es uno de los caballos de batalla. Pero no sólo aquí, también en un topónimo como *Palantia* (y un

⁶ «Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica», *Emerita* 31, 1963, págs. 227-242.

⁷ Cf. sobre todo *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca, 2000.

⁸ U. Schmoll, *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, Wiesbaden, 1959.

nombre *páramo*, ya en una inscripción latina de Clunia: *per altum paramum*). Puede tratarse de un celta arcaico que aún conservaba la *p-* o de una lengua indoeuropea no céltica.

Ni siquiera en Levante y Andalucía, donde se habla comúnmente de ibérico, están claras las cosas. En la grafía al menos es distinto el tartesio. Y los grupos de topónimos meridionales difieren entre sí por su difusión fuera de aquel territorio. Hay el grupo en *-ipo*, cuya zona nuclear está en Cádiz y se extiende por la zona tartesia del S.O., también por algunos lugares del Mediterráneo⁹; junto a estos topónimos aparecen también otros con *tuci* e *igi*. Y hay otra serie *-uba, ur-, urc-*, en la Hispania meridional pero también, menos densamente, en la zona ibero-pirenaica y en la occidental y báltica: Villar los cree indoeuropeos¹⁰. En todo caso, no podemos caracterizar bien por los topónimos ni a los iberos ni a los tartesios.

Esta es la complicada situación. Y hay que añadir los topónimos fenicios y púnicos, y los griegos, y la helenización ya apuntada arriba de topónimos de diversos orígenes. Y hay que estudiar cómo pasó todo esto al latín, que generalmente seguía al griego, pero a veces no, hablaba de turdetanos y no de tartesios y traducía del griego y de las lenguas indígenas.

No es menos complicado el panorama de la antigua Grecia. Para empezar, el problema comienza dentro de los mismos dialectos griegos: si se han superpuesto unos encima de otros, como propusieron Kretschmer y Tovar¹¹, o si ciertas coincidencias se explican de otro modo. Restos eolios suelen reconocerse, todavía, debajo de la lengua jonia de Esmirna, en Asia Menor, y el dorio de Creta. Pueden afectar también a los topónimos.

Más importante es el juego de la lengua griega y la lengua o lenguas pregriegas que los griegos encontraron en Grecia a su llegada y que dejaron rastros abundantes en el léxico del griego y en la toponimia de Grecia. Es un tema que ha dado lugar a una abundantísima bibliografía y del que me he hecho eco en mi *Historia de la Lengua Griega*, ya citada arriba. Quiero referirme sobre todo al capítulo «El griego y las lenguas no griegas del segundo milenio», pág. 42 sigs.

⁹ Cf. F. Villar, «Los topónimos meridionales de la serie *ipo*», en F. Villar y F. Beltrán (eds.), *Pueblos, lenguas y culturas en la Hispania prerromana*, Salamanca, 1999, págs. 685-718.

¹⁰ Cf. F. Villar, «Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Península ibérica», en F. Villar y M.^a Pilar Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, págs. 257-283.

¹¹ Cf. A. Tovar, «Ensayo sobre la estratigrafía de los dialectos griegos I», *Emerita* 12, 1945, págs. 244-335.

Existe, efectivamente, un amplio substrato de topónimos y de sufijos toponímicos no griegos. Entre estos, -ηνος, -ηνη (Ἄθανα, Μυκῆναι, Μιτυλήνη), en -(σ)σός o -τός (Λυκαβηττός, Γνωσσός, Τελμησσός, Ἄλικαρνασσός), en -νθος (Κόρινθος, Τύρινς /-νθος, Ξάνθος), en -στός (Φαιστός). Otras veces se trata de fonética no griega, por ejemplo, en Σαλαμίς, Σαγαλασσός, con conservación no griega de σ.

Hay varias cosas que observar. Primera, que estas raíces, sufijos y fenómenos fonéticos se encuentran a veces en el vocabulario común griego, en el que por lo demás entran con ciertas helenizaciones; segundo, que estos topónimos se encuentran no sólo en el continente griego, también en Creta, las islas y Asia Menor. Se añaden muchos otros con raíces no griegas, aunque con sufijos menos característicos, tal Μίλατος (Μίλητος en jonio). O con raíces también griegas, que pueden proceder de préstamo.

Añadamos todavía que en Asia Menor se encuentran topónimos con sufijos -ανδα, -ινδα que pueden ser variantes locales del sufijo arriba mencionado con -νθ-.

El problema es, naturalmente, el de a qué lengua o lenguas pertenece este estrato, que viene de una fecha anterior a la llegada de los griegos a Grecia y a la costa de Asia Menor. Existe la hipótesis del pueblo llamado pelasgo por los antiguos, y, dentro de esta, una hipótesis (Georgiev, van Windekens) según la cual se trata de una antigua lengua indoeuropea con características fonéticas precisas. Pero hoy esta tesis es poco aceptada. Y en cambio se señalan coincidencias culturales entre el neolítico y cuprolítico de los Balcanes, de estaciones griegas como Sesklo y Dímini, de las islas del Egeo, de Creta y de Asia Menor. En qué medida corresponde este estrato toponímico a este área cultural o a parte de ella, es el problema, insisto.

Estas que he dado no son sino dos muestras de los problemas que se encuentran cuando se trata de poner en relación áreas lingüísticas de una edad determinada y áreas lingüísticas y culturales más antiguas y con fronteras no coincidentes con las mismas. Es la toponimia nuestra principal arma de investigación, aunque a veces puede contarse con ciertos datos externos. Y es un arma de manejo nada fácil. Piénsese que los topónimos no siempre garantizan la antigua existencia de esa lengua incógnita en un lugar: pueden ser «transportados», basta ver que el -(σ)σός de que he hablado fue aplicado por los griegos al *tart* indígena de Hispania para formar nuestro Ταρτησσός. Convivía aquí pacíficamente con sufijos genuinamente griegos, tal el -ουσα focense.

4. ¿Cómo se crean los topónimos?

En lo dicho hasta aquí ya está en cierto modo contestada esta pregunta: ya se aceptan los existentes, ya se traducen o adaptan variamente a la nueva lengua, en la que evolucionan o no, ya se imponen otros nuevos, nuevos al menos en el lugar; o se transportan, simplemente, topónimos del origen o lengua que sea, incluso los que ya no significan nada. Pero quiero añadir algunas precisiones en casos que son observables y que nos introducen en un terreno menos enigmático que el que en el apartado anterior hemos transitado.

Lo más notable, para mí, de este estudio, que en parte al menos puede hacerse referido a momentos históricos que nos son accesibles, es que los procederes, en la medida en que podemos perseguirlos, son siempre paralelos.

Por ejemplo, el del transporte de topónimos a las nuevas tierras. Ya hablé de *Mérida* en Extremadura y el Yucatán, y de los varios *Santiago*. Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito, América está llena de *Córdoba*, *Toledo*, *Salamanca*, *Zamora*, *Cartagena* y hay hasta *Madrid*. A veces, ya vimos, el nuevo topónimo recibe un determinante o el adjetivo «nuevo», así en *New York*, *New Jersey* o *Nova Scotia* o, en ruso, *Novosibirsk*, o en griego moderno Νέα Σμύρνα. Igual que nosotros hablamos, en España, de *Castilla la Nueva* y en América existen docenas de regiones y ciudades con *Nueva*: *Antioquía*, *Arcadia*, *Armenia*, *Bolonia*, *Esparta*, *Gerona*, *Germania*, *Granada*... También se puede acudir al diminutivo: *Madridejos*, *Portugalete*...

Claro que a veces los emigrantes o colonizadores se contentan con «nueva tierra» (*Terra Nova*) o «nueva ciudad» (ruso *Novgorod*), como ya los griegos antiguos podían llamar a sus nuevos establecimientos Νέα Πόλις, de donde, hoy día, *Nápoles* o *Nablus*.

Esta referencia a la antigua Grecia me invita a recordar los nombres griegos «transportados» (algunos de origen no griego) en nuestra España mediterránea, de los que me he ocupado en mis dos trabajos arriba mencionados relativos a los topónimos griegos de Iberia. He citado allí, entre otros: Ἰαλωνίς, en Alicante, también una isla en la Propóntide; *Cetaria* (de κῆτος ‘ballena’), cerca de Tarifa, también en Sicilia; Λευκάς πέτρα, nombre de varios ‘cabos blancos’, también en Leúcade; Ῥόδη, recuérdese *Rodas*; etc. Otras veces los topónimos griegos dieron el modelo para la helenización de palabras indígenas: *Abdera*, hoy *Adra*, se creó a partir de un nombre fenicio sobre el modelo de la Ἰαβδηρα de Tracia; la actual *Sagunto* era Ζάκυνθος para los griegos; etc.

El navegante llevaba siempre en su cabeza su ciudad natal o ciudades o mitos antiguos que creía reencontrar. Como reencontró a las Amazonas, cuando Orellana recorrió el río que hoy se llama así, el P. Carvajal, que le acompañaba y describió la lucha contra ellas. Los griegos encontraban en Tartesos lugares míticos, como la isla *Eritea* (Ἐρύθεια, la «isla roja») donde pastaban las vacas de Gerión, y otros menos amables, tal la *palus Erebea* «laguna infernal», en la desembocadura del Tinto.

Encontraban a sus dioses o héroes y hablaban así de la *Gerontis arx* «Castillo del Viejo», es decir, de Crono, o de la isla de la *Venus Marina* (así Avieno, los griegos dirían Afrodita), la de San Sebastián junto a Cádiz, un antiguo centro cultural sin duda fenicio. Ni más ni menos que como los españoles y portugueses llevaban sus santuarios y cultos a América: piénsese en *Guadalupe* (múltiples *Guadalupes*), en *San Isidro* y muchos otros nombres. A veces estos nombres de santos formaban extrañas simbiosis con los nombres indígenas, así tantas veces en Méjico.

Luego volveré sobre el tema de los criterios para los nuevos nombres: muchos indican accidentes geográficos (montes, llanos, ríos, bahías...) o producciones agrícolas, ganaderas o mineras. Esto es común a toda la toponimia, la indígena y la importada, sólo varían las lenguas.

Pero antes de volver a ello, señalaré algunos rasgos especiales de la toponimia impuesta por los navegantes, antiguos o modernos, griegos, españoles, portugueses u otros.

Esta toponimia responde, a veces, a la pura observación de la tierra desde el mar, son nombres que muchas veces no llegaron nunca a imponerse o, en todo caso, no arraigaron. Los griegos, en Iberia, hablaban de *Στρογγύλη* 'isla redonda', *Κάλπη* 'el cántaro', *Κύπελα* 'el arca' (cf. *κυπέλη*), *Τρητή* (*τρητή* 'roca agujereada'). En América tenemos el *Pão de Açúcar* de Río, el *Morro* de la Habana y otros lugares, en Chile *Puerto Grande*, *Caleta Buena*. *Tierra de Fuego* fue impuesto por los marineros de Magallanes. España y América están llenas de denominaciones a base de *Peñón*, *Puerto*, *Bahía*, *Cala* o *Caleta* y demás. Son de origen marinero.

Dos observaciones sobre puntos muy notables. Una, el predominio de los nombres de colonización en las costas a que se llegaba por mar. La mediterránea española está llena de nombres griegos y algunos fenicios; la americana, por ejemplo, de Perú y Chile, de nombres españoles, muchos más que los indígenas, a diferencia de lo que sucede en el interior. Otra: que los marineros podían dar un nombre distinto del que dan los pueblos allí asentados. Todavía hoy los marineros llaman *Serra Madrona*,

en la costa valenciana, a la que tierra adentro se llama *Sierra de Martés*. Los griegos llamaron en un momento Ἰβηρος a Ibiza, pero triunfó el nombre fenicio.

Otro rasgo notable en la toponimia de los navegantes, pero a veces de la toponimia de emigración o conquista, es aquella que expresa temores y esperanzas. A veces son nombres apotropaicos. Ya mencioné el *Ponto Euxino* u «hospitalario» para sustituir al Ἰβηρος anterior. Y se sabe que el *Cabo de Buena Esperanza* fue antes *Cabo de las Tormentas*. Diversas ciudades, en América, reciben precisamente el nombre de *Esperanza*. A esa misma esperanza viene a equivaler *Puerto Rico*, *Villa Rica*. E incluso ciudades, costeras y no, que aluden a la belleza del lugar: *Buenvista*, *Bellavista*, *Buen Retiro*, *Valverde*, en varios lugares, *Porto Seguro*, *Belo Horizonte*, en Brasil, etc. etc.

Es un buen augurio. Ya los griegos ponían esos nombres en Iberia: se nos menciona *Callipolis* 'ciudad bella', *Calacticus sinus* y Καλάθη, que deben de venir de καλή ἀκτή 'bella costa'. Recuérdese también ἀγαθὴ τύχη 'con buena Fortuna', hoy *Agde* en la Costa Azul.

Pero puede haber, por ejemplo, *Malpaís*. O nombres sentidos como desfavorables, sustituidos luego a veces: *Luzmela* por *Mazcuerra*, *Fuente Vaqueros* por *Asquerosa*.

Pero estoy entrando en un terreno que ya es común, muchas veces, con los topónimos en general: los de emigración y conquista y los indígenas anteriores. Voy a dar un pequeño repaso final. Me gustaría establecer varios apartados: el de nombres geográficos y paisajísticos, incluidos los de sentido figurado; los referentes a recursos naturales; los referidos a pueblos y poblaciones; los referentes a la fundación de ciudades, así como a los fundadores y personajes varios y a acontecimientos históricos.

1. Son datos geográficos y paisajísticos los que con la mayor frecuencia se reflejan en los topónimos, así en lenguas que nos son accesibles y, muchas veces, por lo que podemos saber o intuir, en las anteriores. Esto es bien sabido, pero conviene al menos aludirlo.

No merece la pena, en efecto, insistir en los nombres de montes y elevaciones varias del terreno que en lenguas diversas se reflejan en la toponimia. Tales, por ejemplo, en español *Pico*, *Monte*, *Peña*, *Punta*, *Cabezo*, *Collado*, *Sierra*, y también, sobre todo en América, *Cerro*: en árabe *Tell*, en turco *Dag*. A veces llevan determinaciones: *Peñalara*, *Cabezo de las Minas*, *Collado Hermoso*; en valenciano *Puig Campana*, etc.; *Tell Aviv*, *Tell el Amarna*, *Nemrud Dag*, etc.

En lo que quiero insistir es en que esto es universal: prerromano es *Nava* (determinado en *Navafría*), griego Κολωνός, probablemente pregriego Ὀλυμπος, Κολοσσός, Πέργαμος. También hay que aludir a los nombres figurados, del tipo de la *Mujer Muerta*, y, sin duda las Στῆλαι o columnas de Heracles, nombre dado a los dos montes Abila y Calpe, que cierran el estrecho de Gibraltar. Y a los errores (el *Naranjo de Bulnes*). También hay *hoz, tajo* y demás.

Y tampoco merece la pena insistir demasiado en la hidronimia, tema bien trabajado y del que ya he dicho cosas, desde el prerromano, quizá indoeuropeo, *tur* o *tart*, a otras formas indoeuropeas como *Sal*, al ibérico *Iberus*, al árabe *Guad*, al celta *plu-* en *Complutum*, al castellano *río*, etc. Más otras palabras relativas a balsas, lagos, lagunas, etc. En alemán hay *Fluss, Bach*, etc. Sólo quiero añadir que en Grecia existían formas pregriegas que están en nombres como el del río *Aqueloo*, seguramente indoeuropeo en último análisis.

Ya hemos visto que existen determinaciones y a veces contaminaciones con una segunda lengua, transposiciones que convierten los nombres de río en de ciudades, etc. (otras veces son derivados). De todo esto he dado ejemplos.

2. Otras veces los nombres eran dados por los productos naturales, como he dicho. Reconocibles o no hoy en día, en España tenemos *Cerceda, Carballeda, Fresneda, Hinojosa, Linares, Navalморal, Pinares, Pineda*, etc., más formas del catalán como *Lloret*, del vasco como *Lizarraga* (del fresno). Lo que quiero añadir es que los griegos crearon en Hispania topónimos como Πιτύουσα 'isla de los pinos', Οἰνοῦσα 'abundante en viñas', Κρομούουσα 'isla cebollera'. Y nombres relativos a la producción minera: Μολυβδίνη, Ἄργυροῦν ὄρος, sobre el plomo y la plata respectivamente, como las islas Κασσιτερίδες aluden al estaño. Esto puede ser útil como dato histórico: quizá los animales o plantas ya no se dan, las minas están agotadas, en el *Huerto del Cura* ya no hay cura.

3. Otras denominaciones proceden de la fecha del desembarco o la conquista: en América tenemos *Salvador de Bahía, Río de Janeiro, Natal* y muchísimas denominaciones más. No conocemos paralelos para la Antigüedad. Pero sí para las relativas a los nombres de los descubridores, creo que este es el origen de la Χαριδήμου ἄκρα, el *Cabo de Gata*. Otras veces se trata de nombres de fundadores o repobladores. Recuérdense los nombres de los repobladores, en España, en pueblos tales como *Muñoz Martín de las Posadas, Blasco Nuño, Muñoveros, Miguel Ibáñez, Telocirio* (< *Tello*

Dulcideo), etc., en Segovia. Por fundación o por darles honor reciben nombre de personas, en América, ciudades como *Sucre*, *Bolívar*, *Puerto Bermúdez*, *Coronel Suárez*, *General Alvarado*, etc.

Hay que añadir los numerosísimos nombres de santos, por la fecha de la llegada de los nuevos pobladores o por una especial devoción a ellos; a veces conviven con un nombre indígena, a veces acaban por sustituirlo (*San Sebastián* por *Churubamba*). Pueden compararse a los nombres míticos y de culto que traían los griegos.

Otros nombres se refieren a acontecimientos históricos, tales *La Victoria de Acentejo*, en Tenerife, y tantas *Victoria* o *Vitoria* en España y América. Por cierto que tampoco esto es nada nuevo: recuérdense las Νικαία de la Costa Azul, Bulgaria y Asia Menor, que se refieren a acontecimientos históricos.

Otras veces, los nombres recuerdan las emigraciones o traslados de poblaciones. En Castilla es esto frecuente, así en pueblos como *Gallegos*, *Moriscos* o *Castellanos*; también se trasladan nombres, como ya he indicado, así en el caso de *Peñaranda de Bracamonte*, sin duda procedente de *Peñaranda del Duero*. Son los nombres «transportados», de los que ya di noticia hablando de los de Grecia o Asia Menor. Ya los hay en colonias griegas de Italia y Sicilia como Χαλκίς, Μέγαρο y Νάξος. Y los hay en Asia Menor (Ἡράκλεια, Μαγνησία, Λάρισσα). Y en la propia Grecia: por transporte o coincidencia, cualquier diccionario está llenos de nombres griegos antiguos con doble, triple o cuádruple localización, véase por ejemplo el *Diccionario Griego-Español* s. v. Αἴγαι. O las múltiples localizaciones de Ἰάων, Ἴων, Ἴωνες.

Otras veces la toponimia es útil para descubrir, por ejemplo, yacimientos arqueológicos que han dejado su recuerdo en los topónimos: así *Cabezo del Tesoro*, *Cerro de las Tinajas*. O son útiles para establecer las antiguas calzadas romanas (topónimos con *Calzada*, *Estrada*, etc.), antiguos monasterios (*Monastir* en Túnez, *München* en Alemania), etc. O las antiguas entidades administrativas, capitales, obispados, etc. O antiguas poblaciones.

Con esto termino. Cualquier estudioso de la toponimia de cualquier país, antiguo o moderno, podrá añadir datos y precisiones. No era mi intención, en absoluto, aspirar a la exhaustividad. Intentaba, solamente, hacer ver que la toponimia se mueve sobre una serie de coordenadas generales, tanto en cuanto a la lengua en que se expresa como en cuanto a su relación con la historia y con lo puramente humano. No es solamente una Ciencia para interpretar con mayor o menor éxito unos cuantos nombres de lugar. Esto es

importante. Pero debe aspirarse, a partir de aquí, y del estudio sistemático en fuentes y en información sobre el terreno, a construir un sistema, una teoría general.

A medio camino entre la Lingüística de un lado y diversos estudios históricos, humanos y naturales, de otro, ayuda en todos estos terrenos. La interpretación de los topónimos antiguos es a veces difícil o imposible, los problemas lingüísticos son a veces difíciles o imposibles igualmente. Pero es un tema de estudio importante e interesante de por sí, útil para estudios naturalísticos o históricos, por no hablar de los lingüísticos.

Merece una teoría general para apoyarse en ella y mejorarla mediante estudios particulares. Y mejorar estos con la teoría. Es lo que he intentado hacer ver aquí.